

táculo estuvo totalmente cubierta por los aplausos. Finalmente, el público se aproximó al tablado, rodeó a las muchachas y, de arriba a abajo y de abajo a arriba, se cruzaron flores, voces, piropos, vítores. Con toda la luz de la sala —había atardecido en las localidades altas, mitad a cubierto, mitad a la intemperie—, el Luna Park cobró de nuevo su aire de tendido. Los pañuelos volaban, y los sombreros, y las chaquetas. Si España daba la vuelta al ruedo y era aclamada formidablemente, aquellas muchachas eran las ganadoras, las creadoras, las inventoras de esta emoción.

Pequeño intermedio antes del bolo.

Con el sol perezoso y frío del otoño, cada mañana la cubierta del barco se poblaba para la oración primera, y al son de esta litúrgica música se descubrían, respetuosos, los changadores, los marineros vecinos, los curiosos —no faltó jamás una nube de curiosos en torno al *Albertia*— y todos cuantos circunstancialmente pasaban por allí cerca, bien a pie o bien a caballo náutico.

—Hay para años de comentar— decía la gente.

Después, el día era como una confusa torrencera en la que se mezclaban las actuaciones, los distintos teatros, las visitas a centros españoles o a centros argentinos, las excursiones, las fiestas, los escasos minutos de libertad, que las chicas aprovechaban para lanzarse a los comercios de Florida, al elegante paseo de la Avenida de Alvear o a los «cines» de Corrientes. Los periodistas no faltaban nunca alrededor de los Coros y Danzas, y recuerdo el caso de dos de ellos, cuyo periódico «no era partidario», que se pasaban el día tratando de color matute elogioso entre la mercancía escasamente informativa que toleraba la hostil dirección. Menudeaban,

claro, las preguntas sobre España, y esto tanto por parte de la prensa como de cualquiera que se tropezase con los colectivos.

Entretanto continuaba, de frente al público, la disputa de las predilecciones. Por Andalucía, sentían los porteños una especial debilidad, que se reflejaba en la prensa; pero, a la hora de aplaudir —cronómetro en mano—, yo no fui capaz de señalar predilecciones de ningún género. Bilbao, por la gracia portentosa de sus viejos bailes; Cáceres, por la sorprendente delicadeza de sus ritmos y la gaitería de sus vestidos; Coruña, Vigo y Gijón, porque a la maestría indudable de sus grupos unían un «hinchismo» de primera; Zaragoza, porque dominaba al público con el latigazo de las jotas; Logroño, por el júbilo de sus bailes, que a mí me sonaban a San Fermín; Lérida, por el aquel señorial de sus sardanas; Canarias, porque removía en los argentinos la certeza del origen —«Es igual que el «pericón»—, se oía decir cuando bailaban los de Santa Cruz; Sevilla y Málaga, por la popular antigüedad de lo suyo, por el ángel misterioso que acompaña a sus danzas; todos y cada uno de los grupos levantaban un clamor unánime y extraordinario, que trascendía a la calle, al piropo, a la enternecedora atención.

Un pisto de Coros y Danzas, aliñado mayoritariamente por sevillanas, visitó cierto parque de atracciones. El parque estaba en su lugar descanso, seguramente porque la hora matutina no era la más propicia al negocio; pero en cuanto los empleados se dieron cuenta de la visita, pusieron en marcha todos los mecanismos, con el fin de que dos docenas de españolitas tuvieran a su disposición los artefactos necesarios para una verbena de quince mil personas. Y en la puerta de la Municipalidad, adon-